

EL REY DE LOS LADRONES

JACK VANCE

Ningún código ético aislado tiene aplicación universal en todos los multicolores mundos del universo. Un respetado ciudadano de Almanatz sería ejecutado en Judith IV. La conducta normalmente aprobada en Medellín excita la mayor repugnancia en la Tierra, y en Moritaba un ladrón hábil merece el máximo respeto. Estoy persuadido respecto a que la virtud es tan sólo un reflejo de los buenos deseos.

Magnus Ridolph

—Aquí, en Moritaba, las riquezas abundan —dijo con nostalgia el sobrecargo—. Hay pieles maravillosas, extrañas maderas duras...; y, ¿ha visto usted el coral? Es rojo púrpura y brilla como el fuego de los condenados. Pero —indicó el ojo de buey con la cabeza— es demasiado difícil... Nadie se preocupa por nada que no sea el télex, y eso es lo que jamás encuentran. El viejo Kanditter, el rey de los ladrones, es demasiado inteligente para ellos.

Magnus Ridolph leía informaciones sobre Moritaba en la *Guía de los Planetas*:

El clima es húmedo e insalubre, y suele describirse el terreno como una yuxtaposición de la cuenca del Amazonas con los Alpes Lunares...

Echó un vistazo a la lista de las enfermedades locales, y pasó la página.

Antiguamente Moritaba fue base y puerto del filibustero Louie Joe. Cuando al fin las naves policiales realizaron el asalto final contra Louie Joe, los sobrevivientes huyeron a la jungla y se mezclaron con las nativas, creando así una nueva raza, la de los men-men, aunque los biólogos ortodoxos estimaban que dicha unión era imposible.

En el curso de los años, los men-men se han convertido en una poderosa tribu que ocupa la parte de Moritaba conocida como Arcadia Mayor y donde, según el rumor, existe una fabulosa veta de cristales de télex...

Magnus Ridolph bostezó, se guardó el libro en el bolsillo, se puso de pie, avanzó hasta el ojo de buey y contempló el panorama de Moritaba.

Gollabolla, la principal ciudad del planeta, se hallaba comprimida entre la montaña y una ciénaga. Había allí una estación de control de la Commonwealth, una misión de uni-cultura, una tienda, una escuela y numerosas casas construidas con pilares de madera y metal ondulado, y enlazadas por vacilantes pasarelas.

Magnus Ridolph halló la vista pintoresca en abstracto, pero en concreto opresiva.

Una voz dijo a su lado:

—Se ha levantado la cuarentena, señor. Puede bajar a tierra.

—Gracias —dijo Magnus, y se dirigió a la puerta.

Encontró a su paso un hombre bajo de amplio pecho y aspecto combativo, que le miró con aire suspicaz y dio un paso más hacia la puerta. La sólida mandíbula, los ojos pequeños, negros y ardientes, y el collar de pelo negro que rodeaba su cuello le daban apariencia simiesca.

—Si yo fuera usted, señor Mellish —dijo con afabilidad Magnus—, no llevaría el equipaje a tierra antes de encontrar un alojamiento a prueba de ladrones.

Ellis B. Mellish dio una rápida sacudida a su cartera.

—Ningún ladrón me quitará nada, se lo aseguro.

Magnus estiró pensativo los labios.

—Sin duda, su familiaridad con este tipo de cosas constituye una ventaja.

Mellish le dio la espalda. Había entre ambos cierta frialdad, proveniente de un hecho anterior. Magnus Ridolph le había vendido a Mellish la mitad de una veta de télex en el planeta Ophir, y Mellish había explotado no sólo su propiedad, sino también la de Ridolph.

Luego se había desarrollado una desagradable escena de amenazas y recriminaciones en el despacho de Mellish, agravada por el mutuo conocimiento del hecho que la veta estaba agotada. Y por casualidad ambos se habían encontrado en la primera nave con destino a Moritaba, el único otro mundo productor de cristales de télex.

Se abrieron las puertas, y el penetrante olor de Moritaba llegó hasta ellos; un olor a suelo mojado, vegetación exuberante y podredumbre orgánica. Descendieron la escalera, parpadeando ante la cálida luz amarilla de Pi Aquarii.

Había cuatro nativos en cuclillas, unas criaturas delgadas de color castaño violáceo, parecidas a seres humanos. Eran los men-men, la raza híbrida gobernada por Kanditter, el rey de los ladrones. El sobrecargo de la nave, que aguardaba al pie de la planchada, les dirigió una rápida mirada.

—Cuidado con esos muchachos —les dijo a Ridolph y a Mellish—. Si abren la boca les robarán los dientes.

Los cuatro se pusieron de pie y se acercaron con largos pasos deslizantes.

—Si pudiera proceder a mi manera —dijo el sobrecargo—, los sacaría de aquí con un palo. Pero las órdenes dicen «trátelos bien». —Observó la cámara que llevaba Mellish—. Yo no llevaría esa cámara, señor. Es absolutamente seguro que se la quitarán.

Mellish sacó el mentón.

—Si me la quitan, la habrán merecido.

—Se la quitarán.

Mellish volvió la cabeza y miró de modo desafiador al sobrecargo.

—Si alguien o algo aparta de mí esta cámara, le regalaré a usted otra exactamente igual.

El sobrecargo se encogió de hombros. Se oyó un zumbido en el cielo.

—Miren —dijo—. El helicóptero de Challa.

Era el artefacto más curioso que Magnus Ridolph había visto. Un enorme hemisferio de malla metálica cubría todo el vehículo, y la hélice giraba por debajo de ese paraguas.

—Un índice de lo rápidos que son estos tipos —dijo el sobrecargo—. Apenas el helicóptero se posa, la red se carga. Corriente de alto voltaje. Si no fuera por eso, en una hora no quedaría un solo trozo.

Mellish soltó una risita.

—Interesante lugar. Me gustaría gobernar aquí un par de meses. —Miró hacia Magnus Ridolph, que examinaba el helicóptero—. ¿Qué le parece, Ridolph? ¿Cree que saldrá de aquí con su camisa?

—Habitualmente trato de adaptarme a las circunstancias —repuso Magnus Ridolph, observando a Mellish con distante curiosidad—. Espero que su cámara no fuera muy costosa.

—¿Qué quiere decir?

Mellish manoteó el estuche; la tapa colgaba suelta, y no había nada en su interior. Miró al sobrecargo, que se había dado la vuelta diplomáticamente, y luego a su alrededor. Los cuatro nativos estaban en línea a unos diez metros, mirando a los tres forasteros con sus despiertos ojos color ámbar.

—¿Quién la tiene? —preguntó Mellish, inundado ahora por un vasto rubor.

—Despacio, señor Mellish —aconsejó el sobrecargo—, si quiere hacer negocios con el rey.

Mellish se enfrentó con Magnus Ridolph.

—¿Lo vio usted? ¿Cuál de ellos fue?

Ridolph sonrió levemente, dio un paso adelante y le tendió la cámara a Mellish.

—Sólo estaba poniendo a prueba su atención, señor Mellish. Me temo que no está preparado para las condiciones locales.

Mellish le miró con furia un segundo, y luego sonrió como un lobo.

—¿Es usted jugador, Ridolph?

Magnus Ridolph meneó la cabeza.

—A veces acepto riesgos calculados, pero jugar, nunca.

—Quiero hacerle una propuesta —dijo lentamente Mellish—. ¿Piensa ir a Challa?

—Como usted sabe, tengo asuntos que tratar con el rey.

Mellish sonrió, mostrando sus grandes dientes amarillos.

—Tomemos cada uno cierta cantidad de objetos pequeños: un reloj, una cámara, un micromac, una pantalla de bolsillo, un excitador, una afeitadora, una cigarrera, un limpiador, una microbiblioteca... Y luego veamos cuál de los dos es el más despierto.

Alzó sus pobladas cejas.

—¿Y qué apostamos? —preguntó con frialdad Ridolph.

—Oh. —Mellish hizo un gesto de impaciencia.

—Me debe usted cien mil munits de télex que sacó de mi propiedad. Aceptaré el doble o nada.

Mellish parpadeó.

—En ese caso —replicó—, estaría apostando doscientos mil munits contra nada, puesto que no considero posible cobrar esa cuenta. Pero apostaré cincuenta mil munits a la vista, si tiene usted esa cantidad.

En realidad, Magnus Ridolph no se burló; pero el ángulo de sus finas cejas blancas y la inclinación de su distinguida nariz daban una impresión de burla.

—Creo que puedo disponer de la cifra que menciona —repuso.

—Prepare un talón por esa cantidad. Yo haré otro, y el sobrecargo los guardará.

—Como desee.

El helicóptero llevó a Mellish y a Magnus Ridolph a Challa, la ciudad de Kanditter, el rey de los ladrones. Primero atravesaron un brazo de un antiguo mar desecado, una inimaginable maraña de follaje naranja, verde y morado, moteado de lagunas estancadas y ocasionales ciénagas cubiertas de plantas acuáticas.

Luego volaron sobre un ejército de picachos blancos, y una lisa llanura en la que rebaños de criaturas semejantes a los búfalos, aunque de seis patas muy abiertas, se alimentaban de unos arbustos color mostaza. Descendieron a un oscuro valle selvático y se dirigieron hacia un macizo de altísimos árboles que se elevaban por encima del aparato como plumosas nubes de humo. Apareció abajo un claro y el helicóptero se posó. Estaban en Challa.

Magnus Ridolph y Mellish descendieron y miraron a través de la red metálica electrizada. Un grupo de nativos de piel oscura y grandes ojos permanecía a respetuosa distancia. Calzaban sandalias de piel, muy holgadas y puntiagudas.

En todas direcciones se veían casas sobre pilotes. Eran de una madera azul con vetas blancas, y estaban techadas con losas de fibras grises. Al final de una avenida blanca había un edificio mayor y más alto, con aleros que se extendían bajo los árboles.

Tres terrícolas esperaban, curiosos, al helicóptero. Uno de ellos, un hombre pálido y delgado con una nariz en forma de largo pico y ojos castaños y protuberantes, se quedó de pronto paralizado por el asombro. Luego avanzó rápidamente hacia ellos.

—¡Señor Mellish! ¡Me alegro de verle!

—Lo sé, Tomko, lo sé. ¿Cómo marcha todo?

Tomko miró a Magnus Ridolph, y luego a Mellish.

—Pues..., todavía no hay nada definido, señor. El viejo Kanditter..., el rey, no quiere hacer ninguna concesión.

—Ya veremos —respondió Mellish. Se volvió y se dirigió al piloto, elevando la voz—. Déjenos salir de esta jaula.

El piloto respondió:

—Cuando le avise podrá abrir esa puerta, señor. Ésa. —Dio unos pasos en torno al helicóptero—. Ahora.

Mellish y Ridolph salieron al exterior, llevando cada uno un par de maletas de magnesio.

—¿Puede decirme dónde se puede encontrar alojamiento? —preguntó Ridolph.

Tomko dijo, dubitativo.

—Por lo general hay algunas casas desocupadas. Nosotros vivimos en una de las alas del palacio real. Si se presenta usted, es probable que el rey le invite a instalarse allí.

—Gracias. Iré inmediatamente a saludarle.

Oyó un silbido. Se volvió y advirtió que el piloto le invitaba a acercarse desde el otro lado de la malla metálica. Se acercó todo lo que se atrevió al metal electrizado.

—Sólo quería ponerle sobre aviso —le dijo—. Cuidado con el rey. Es el peor de todos; por eso es rey. ¡Ni una palabra sobre robos!

Sacudiendo la cabeza, retornó a su aparato.

—Gracias —respondió Magnus. Sintió una vibración en la muñeca. Se volvió y dijo al nativo que tenía al lado—: Su cuchillo ni siquiera deja huellas en la aleación de la maleta, amigo mío. Sería mejor un rayo aguja.

El nativo se alejó tranquilamente. Magnus se dirigió hacia el palacio del rey. El paisaje era agradable, pensó; recordaba la antigua Polinesia. El pueblo parecía limpio y ordenado. De vez en cuando se veían pequeñas tiendas en la avenida; eran puestos de frutas amarillas, brillantes tubos verdes, hileras de insectos semejantes a gambas, jarras de un polvo color herrumbre. Sus dueños no estaban sentados en el interior, sino delante de cada tienda.

Una marquesina se extendía frente al palacio, y allí, sentado con aire soñoliento en una mecedora baja y profunda, Magnus Ridolph encontró a Kanditter, el rey de los ladrones. Sólo se distinguía de los demás nativos por su tocado: una especie de corona de un metal dorado rojizo entretejido y cubierta de cristales de télex engastados.

Ignorante de las formalidades exigidas, Ridolph se limitó a acercarse al rey e inclinar la cabeza.

—Salud —dijo el rey, con voz apagada—. ¿Su nombre y profesión?

—Soy Magnus Ridolph, de Tran, en el Lago Sahara, Tierra. He venido a...

—¿A buscar télex?

—Sería un necio si lo negara.

—Hum. —El monarca se mecía despacio, ocultando sus oscuras facciones tras una sonrisa similar a la de un pez—. No suerte. Los cristales de télex quedan Moritaba.

Magnus asintió. Esperaba una negativa.

—¿Puedo, mientras tanto, gozar de la hospitalidad real?

La sonrisa del rey se desvaneció lentamente.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué dice?

—¿Dónde sugiere que me aloje?

El rey señaló con un amplio ademán los extremos de su palacio.

—Aquí mucho sitio. Pase.

—Gracias —respondió Magnus.

En la parte posterior, encontró un lugar apropiado. Una habitación de una serie que daba al sendero de acceso; el parecido con las divisiones de un establo se veía confirmado por la forma de la puerta.

El lugar era agradable. Los árboles se movían a gran altura, y había al frente una alfombra de hojas color oro rojizo. El interior era espartano, pero cómodo. Magnus encontró una cama, un jarro de cerámica lleno de agua fresca, un arcón labrado empotrado en la pared, una mesa.

Canturreando para sí mismo, Magnus abrió el arcón y examinó el interior. Una suave sonrisa desbarató su barba cuando miró el panel posterior. Parecía sólido, era sólido al tacto, pero estaba seguro que éste se podía abrir desde el exterior.

Las paredes parecían sólidas. Eran de postes de madera azul, recubiertos de una resina semejante a la masilla, y no había ventanas.

Magnus abrió sus maletas y colocó sus pertenencias sobre la cama. Oyó voces en el exterior. Miró, y vio a Mellish en mitad del camino de acceso, con su mandíbula de bulldog saliente, los puños apretados, y los codos separados del cuerpo. Tomko le seguía más atrás, llevando el equipaje.

Magnus saludó cortés y volvió a meter la cabeza en su habitación. Vio cómo Mellish sonreía a Tomko, y oyó su comentario:

—Así que han traído al viejo chivo al establo... La verdad es que no desentona, con la barba colgando sobre la puerta baja...

Tomko rió, como correspondía. Ridolph frunció el ceño. ¿Viejo chivo? Se volvió hacia su cama, a tiempo para sorprender un destello oscuro y metálico. Apretó los labios. El micromac y el excitador habían desaparecido. Al mirar debajo de la cama, advirtió una zona de fibras un poco más oscuras en la alfombra. Se enderezó justo a tiempo para ver su pantalla de bolsillo volando por el aire hacia un agujero situado a gran altura en la pared.

Estaba a punto de echar a correr hacia la habitación vecina, pero lo pensó mejor. Si salía un instante, no habría forma de saber cuántos nativos saquearían su habitación. Volvió a meterlo todo en las maletas, las cerró, las puso en el centro, se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

Pasó quince minutos meditando. Un mugido disimulado le hizo alzar la vista.

—Miserables ladronzuelos —gritaba Mellish.

Ridolph sonrió sin alegría, se puso de pie, recogió sus maletas y salió.

Encontró al piloto leyendo un periódico dentro de su jaula a prueba de ladrones. Ridolph miró a través de la malla.

—¿Puedo entrar?

El piloto se puso de pie y oprimió un botón. Ridolph entró y depositó en el suelo sus maletas.

—Estaba leyendo algo acerca de usted —dijo el piloto.

—¿De veras?

—Sí. Uno de esos viejos periódicos. Mire —indicó el artículo con un dedo grasiento. Decía:

LADRÓN FANTASMA CAPTURADO
ASTROPUERTO ELOGIA CRIMINÓLOGO TERRESTRE

Un millón de munits robados del Banco de Astropuerto fueron recuperados por Magnus Ridolph, notable criminólogo que esta mañana entregó al ladrón, Arnold McGurk, de 35 años, navegante espacial en paro, a la policía de Astropuerto.

Después de tener en jaque dos semanas a las autoridades de Astropuerto, Arnold McGurk se negó a divulgar la forma en que había logrado saquear el banco, supuestamente a prueba de ladrones. Insistió, en cambio, en que había contado con la ayuda de «fantasmas». Magnus Ridolph se mostró asimismo discreto, y la policía admitió su ignorancia acerca del *modus operandi* del delincuente...

—Nunca hubiera pensado que era usted un detective —dijo el piloto, mirando respetuosamente a Ridolph—. No da el tipo.

—Gracias. Me alegra que me lo diga.

El piloto le miró, inquisitivo.

—Parece más bien un profesor o un dentista.

Ridolph dio un respingo.

—¿Y qué eran esos fantasmas de los que habla el artículo, señor Ridolph?

—Absolutamente nada. Una simple ilusión óptica.

—Oh —dijo el piloto.

—Me gustaría que hiciera algo por mí.

—Por supuesto. Me encantaría ayudarle.

Ridolph escribió algo en una hoja de su bloc.

—Llévelo a la nave antes de su partida, y entréguéselo al operador de radio para que lo envíe por ultrad especial.

—¿Eso es todo? —dijo el piloto, guardándose el mensaje.

—No. Hay una nave que sale de Astropuerto para Moritaba dentro de..., déjeme ver..., cuatro días. Más seis de viaje, son diez. Necesito que esa nave me traiga un paquete. Quiero que usted espere a esa nave, traiga el paquete en el helicóptero y me lo entregue en el acto. Cuando lo reciba, le pagaré doscientos munits. ¿Le parece bien?

—Sí. Ahora debo marcharme.

—Y además —insistió Ridolph—, debe ser en secreto.

—No diré que me ha oído hablar mucho hasta ahora, ¿verdad? —El piloto alzó los brazos—. Le veré dentro de diez días.

—¿No tendría un poco de cable y una célula de energía? Creo que necesito alguna defensa.

Magnus Ridolph regresó a su habitación con las maletas y el equipo eléctrico que el piloto le había dado. Media hora más tarde, se puso a descansar. Ahora, pensó, la próxima jugada le correspondía a los men-men.

En la puerta apareció un rostro estrecho, castaño violáceo, de grandes ojos, nariz larga y delgada, boca fina, mentón agudo.

—Rey quiere usted venir a cenar.

El rostro miró cauteloso a su alrededor, rozó los cables instalados por Magnus. Se oyó una crepitación. El nativo chilló y saltó atrás.

—¿Qué ocurre? —dijo Magnus.

El nativo profirió varias sílabas furiosas, gesticulando y mostrando sus blancos y puntiagudos dientes. Por fin, exclamó:

—¿Por qué me ha quemado? ¿Eh?

—Para enseñarle a no robarme.

El nativo silbó desdeñoso.

—Le robaré todo lo que tiene. Yo gran ladrón. Le robo al rey. Un día le robaré todo lo que tiene. Entonces seré el rey. Soy el mejor ladrón de Challa. Pronto le robaré al rey la corona.

Magnus cerró y volvió a abrir sus ojos celestes.

—¿Y después?

—Entonces...

—Sí... ¿Qué? —dijo una tercera voz, áspera e iracunda.

El rey Kanditter saltó sobre el nativo y le golpeó furioso con un palo. El hombre aulló y escapó entre los arbustos. Magnus se apresuró a desconectar el sistema para evitar que el rey sufriera una descarga y le aplicara a él el mismo castigo.

Kanditter arrojó el palo al suelo y señaló el camino.

—Venga, comeremos.

—En seguida —replicó Magnus Ridolph. Se puso bajo el brazo la unidad de energía y recogió sus maletas—. Su invitación es una agradable sorpresa, majestad. Llevar mis posesiones a todas partes me abre el apetito.

—Se cuida, ¿eh? —dijo Kanditter, con una amplia sonrisa de sus labios finos.

Magnus asintió solemnemente.

—Un hombre descuidado se encontraría en la indigencia en pocos minutos. —Miró al rey de lado—. ¿Cómo guarda sus propiedades? Debe tener gran cantidad de objetos, micromacs, unidades de energía y demás...

—Mujer, ella vigila. Muy alerta. Si se descuida, ¡ug! —Con el brazo imitó el movimiento de un machete.

—Las mujeres son muy útiles —reconoció Magnus.

Anduvieron unos pasos en silencio.

—¿Para qué quiere el télex? —preguntó el rey.

—El cristal de télex vibra muy de prisa. Muy, muy, muy de prisa. Lo usamos para enviar voces a otras estrellas. Las voces van muy lejos y muy velozmente cuando se les da una sacudida con el télex.

—Demasiado ruido.

—¿Dónde están sus minas? —preguntó Magnus, con aire inocente—. He oído hablar mucho de ellas.

Kanditter se limitó a mirarle sonriente.

Pasaban los días. Magnus permanecía en su habitación tranquilamente, estudiando los recientes avances en matemáticas y desarrollando su propio trabajo en el nuevo campo de los programas opuestos-contiguos.

Veía poco a Mellish, quien pasaba todo el tiempo posible con el rey. Discutía, pedía y adulaba, mientras Tomko cuidaba el equipaje.

La barricada de Magnus mostró ser eficaz. Sus propiedades se hallaban seguras mientras él se encontraba en la habitación. Y cuando las circunstancias le obligaban a salir, lo metía todo en las maletas y las llevaba consigo. Eso no le hacía destacar demasiado; por todas partes se veía a los

nativos con sus cosas guardadas en sacos hechos con los tórax de los grandes insectos que moraban en los árboles.

Mellish había provisto a Tomko de un bolso, que éste llevaba atado al pecho, en el que se hallaban los objetos citados en la apuesta, o mejor dicho, los que le quedaban.

Preocupado, Magnus advirtió la creciente familiaridad entre Mellish y el rey Kanditter. Hablaban horas enteras. Mellish le regalaba cigarros al rey, que éste retribuía con vino. Al observar esa camaradería, Magnus rezongaba para sí mismo. Si Kanditter le otorgaba una concesión a Mellish antes que él pudiera emplear sus recursos de persuasión..., ¡qué fracaso!

Sus temores se concretaron cuando Kanditter se le acercó, en un momento en que se encontraba a la sombra delante de su habitación.

—Buenos días, majestad —dijo con cortesía Magnus.

Kanditter agitó su larga mano oscura.

—Venga esta noche. Gran comida, gran bebida, todos vienen.

—¿Un banquete? —preguntó Magnus, analizando interiormente de qué modo convendría evitar la participación.

—Hoy decimos a todos la gran noticia para men-men. Mellish buen hombre. Necesita télex, sin hacer daño aquí. Sin ruido, buen hombre, montón de dinero.

Magnus enarcó las cejas.

—¿Entonces ha decidido darle la concesión a Mellish?

—Mellish buen hombre —dijo el rey, mirando con interés a Magnus.

—¿Y qué saca usted del acuerdo?

—¿Cómo dice?

—¿Qué recibe usted?

—Ah..., Mellish darne máquina que da vueltas y vueltas. Uno se sienta, sale ruido, música. Bueno para rey. Se llama carrusel. Mellish pone tienda todo a cinco centavos aquí en Challa. Mellish buen hombre. Bueno para men-men, bueno para rey.

—Ya veo.

—Venga esta noche —insistió Kanditter, y antes que Magnus pudiera excusarse, se marchó.

El banquete empezó poco después de la puesta del sol en el pabellón situado delante del palacio. Las antorchas, suspendidas a gran altura de los árboles, proyectaban una centelleante luz roja que brillaba sobre la piel castaño violácea de los nativos y se reflejaba en la corona del rey Kanditter y en las maletas de Magnus Ridolph, firmemente apretadas entre sus rodillas.

La comida se servía sin mucha ceremonia. Las mujeres recorrían el círculo de hombres con bandejas llenas de fruta, aves y los insectos parecidos a gambas. Ridolph comió un poco de fruta, probó las aves y evitó los insectos.

Aparecieron copas de vino nativo. Ridolph lo probó, mientras miraba cómo Mellish hablaba y gesticulaba alegremente al lado del rey. Éste se levantó y desapareció en la oscuridad, y Mellish bebió.

Una gran llamarada, como un meteoro, surgió de la oscuridad, pasó junto a la cabeza de Ridolph y se deshizo a sus pies en un estallido de chispas.

Ridolph recobró la calma. Sólo había caído una antorcha. Aunque, tan cerca de su cabeza... Una negligencia, una maldita negligencia. Pero... —buscó sus maletas—, ¿había sido una negligencia? Las maletas habían desaparecido. Quizás el azar se hallaba ausente del episodio.

Ridolph se echó atrás en su asiento. No sólo habían desaparecido los objetos de la apuesta; también su ropa, sus papeles y su minucioso trabajo sobre los programas opuestos-contiguos.

De pronto el rey Kanditter surgió a la luz y emitió un breve grito agudo. Los invitados callaron. Kanditter señaló a Mellish.

—Este hombre, amigo. Da cosas buenas a Kanditter, a todos los men-men. Carrusel, tienda de cinco centavos, hace agua grande que salta en el aire, aquí, en Challa. Mellish es bueno. Mañana, Kanditter, rey de los men-men, da télex a Mellish.

Kanditter se sentó, y se reanudó el bullicio. Mellish, con sus piernas cortas, se acercó de lado a Ridolph, que se mantuvo rígido y formal.

—Ya ve usted, amigo mío —le dijo—, cómo hago yo las cosas. Siempre consigo lo que quiero.

—Es notable.

—A propósito —Mellish simuló buscar algo entre los pies de Ridolph—, ¿dónde están sus maletas? No me dirá que no las tiene... ¿Robadas? ¡Qué pena! Pero por otra parte, son sólo cincuenta mil munits... ¿Qué supone eso, eh, Ridolph?

Ridolph dirigió a Mellish una mirada falsamente humilde.

—Adopta usted una actitud muy displicente acerca del dinero.

—El dinero no significa nada para mí, Ridolph. Con la concesión del télex, o incluso sin ella, puedo hacer que las cosas sean como yo quiero.

—Esperemos que los hechos sigan adaptándose con igual facilidad a sus deseos. Perdón, creo que oigo llegar al helicóptero.

Se dirigió al claro. El piloto salía de la cabina y saludó a Ridolph.

—¡Le traigo su paquete!

—Espléndido. —Buscó en sus bolsillos—. ¡Vaya, los bribones incluso me han vaciado los bolsillos! —Miró afligido al piloto—. Le daré un talón por la mañana... ¿Querría ayudarme a llevar el paquete a mi habitación?

—Desde luego.

El piloto alzó un extremo del largo paquete, Ridolph el otro, y ambos avanzaron por la avenida. A mitad de camino se encontraron con el rey Kanditter, que miró el envoltorio con interés.

—¿Qué es?

—Ah —replicó Ridolph—, es una máquina nueva. Muy buena.

—Vaya, vaya —dijo el rey.

En su habitación, Ridolph reflexionó un instante.

—Y por último —dijo—, ¿no podría prestarme su linterna hasta mañana?

El piloto se la dio.

—No deje que esos pequeños demonios se la roben.

Ridolph respondió vagamente y le dio las buenas noches. A solas, aflojó las cintas, abrió el envoltorio de tela, extrajo un frasco y luego una gran caja de aluminio con una ventana transparente.

Ridolph miró por ella sonriendo. La caja parecía estar llena de formas en rápido desplazamiento, cosas casi transparentes y apenas visibles. En un ángulo de la caja había una rústica bola negra ahuecada de unos siete centímetros de diámetro.

Abrió el frasco que había sacado del paquete, derramó unas gotas del líquido que contenía sobre la linterna, encendió su lámpara de cabecera y salió llevándose la caja. Aguardó cinco o diez minutos fuera de su habitación.

Miró hacia el interior e hizo un gesto con la cabeza, satisfecho. La linterna había desaparecido. Regresó frotándose la barba. Lo mejor, pensó, era asegurarse. Ahora miró hacia fuera; vio al piloto frente a la habitación de Mellish, hablando con Tomko, y le llamó.

—¿Tendría la amabilidad de cuidar mi caja hasta que vuelva? Es sólo un momento.

—Tómese todo el tiempo que necesite. No hay prisa.

—No tardaré —dijo Ridolph, mientras derramaba un poco del aceite del frasco en su pañuelo ante la mirada curiosa del piloto. Luego salió y se dirigió hacia las habitaciones del rey.

Encontró a Kanditter en el pabellón, bebiéndose el resto del vino. Ridolph le saludó de modo ceremonioso.

—¿Cómo marcha su máquina? —preguntó el rey.

—Muy bien. Ya ha producido una tela que hace brillar como el sol a todos los metales. Se la regalo en señal de amistad.

Kanditter tomó con cautela el pañuelo.

—¿Dice que hace brillar?

—Como el oro. Como los cristales de télex.

—Ah —dijo Kanditter, y se alejó.

—Buenas noches.

Inmediatamente, Ridolph regresó a su habitación. El piloto se marchó y Ridolph, con un vivo movimiento, abrió la caja de aluminio, buscó en el interior, extrajo la bola negra y la depositó sobre su cama. De la caja surgieron, o fluyeron, dos, cuatro, seis, hasta una docena de criaturas etéreas, que caminaban y se deslizaban sobre unas piernas como de telaraña. Se mezclaban con las sombras, a veces se las podía entrever, pero pasaban inadvertidas la mayor parte del tiempo.

—Salgan, salgan —dijo Ridolph—. Afuera, pequeños amigos, tienen mucho que hacer.

Veinte minutos más tarde, una forma fluctuante y fantasmal entró por la puerta, subió a la cama y depositó con gran cuidado una unidad energética junto a la bola negra.

—Muy bien —dijo Ridolph—. Y ahora, a salir de nuevo. ¡Vamos!

Al día siguiente, Ellis B. Mellish se despertó a causa de un inusitado alboroto en el pabellón. Alzó la cabeza de la almohada y abrió los hinchados y enrojecidos ojos.

—Acaba con ese barullo —gruñó.

Tomko, que dormía con los brazos y las piernas abiertos sobre el equipaje, se incorporó vivamente y trastabilló hasta la puerta.

—Hay una muchedumbre en el pabellón. Gritan algo, no sé qué.

Una delgada cara castaño violácea apareció en la puerta.

—Dice el rey venir ahora.

Se quedó esperando.

Mellish emitió un ruido gutural y se dio vuelta en la cama.

—Está bien. Voy en seguida. —El nativo se retiró—. Bárbaros serviciales... —murmuró.

Se levantó, se vistió, se lavó la cara con agua fría.

—Me alegraré mucho de marcharme —le dijo a Tomko—. Es como vivir en la Edad Media.

Tomko expresó su aprobación y le dio a Mellish una toalla limpia.

Finalmente, Mellish salió y se dirigió al palacio. La muchedumbre del pabellón no se había dispersado. Parecía incluso mayor. Hilera tras hilera de men-men en cuclillas, meciéndose, charlando.

Mellish se detuvo y miró por encima de las delgadas espaldas de color castaño violáceo. Abrió la boca como si le hubiesen colgado una pesa del mentón.

—Buenos días, Mellish —dijo Magnus Ridolph.

—¿Qué hace ahí? —ladró Mellish—. ¿Dónde está el rey?

Magnus aspiró el humo del cigarrillo, dejó caer la ceniza, cruzó las piernas.

—Ahora soy yo el rey. El rey de los ladrones.

—¿Está loco?

—De ningún modo. Tengo puesta la corona, por lo tanto soy el rey, —Rozó con la punta del pie a un nativo que estaba en cuclillas a su lado—. Dígaselo, Kanditter.

El ex monarca volvió la cabeza.

—Ahora, Magnus rey. Robó corona, es rey. Así manda ley de men-men. Magnus gran ladrón.

—¡Ridículo! —exclamó Mellish, avanzando tres pasos—. Kanditter, ¿y nuestro acuerdo?

—Tendrá que entenderse conmigo —dijo la suave voz de Magnus Ridolph—. Kanditter ya no tiene nada que ver.

—No pienso hacerlo —declaró Mellish, con los ojillos negros brillantes—. Yo hice un trato con Kanditter.

—No tiene valor —repuso Magnus—. El nuevo rey lo ha anulado. Además, antes de continuar, y en lo que se refiere a nuestra apuesta de cincuenta mil munits, como puede comprobar, tengo todas mis cosas, aparte de mi reloj, y buena parte de las tuyas. Honestamente robadas, ¿comprende? No confiscadas por decreto real.

Mellish se mordió el labio, y alzó de pronto la mirada.

—¿Sabe dónde está la mina de télex?

—Con exactitud.

—Bueno —dijo Mellish, adelantándose—. Yo soy un hombre razonable.

Magnus Ridolph bajó la cabeza; parecía interesado por la pistola de calor que acababa de extraer del bolsillo.

—Otro de los tesoros de Kanditter. ¿Qué me decía?

—Que soy un hombre razonable —tartamudeó Mellish, deteniéndose.

—Entonces, estará de acuerdo en que quinientos mil munits no es un precio excesivo para la concesión del télex. Quiero además un pequeño porcentaje. El uno por ciento del rendimiento en bruto no es exorbitante. ¿Está de acuerdo?

Mellish se estremeció y se pasó las manos por la cara.

—Además —continuó Magnus—, me debe usted cien mil munits por el saqueo de mi propiedad de Ophir y cincuenta mil de la apuesta.

—¡No permitiré que se salga con la suya!

—Tiene dos minutos para decidirse. Después de ese plazo enviaré un mensaje para registrar la concesión a mi nombre y para pedir el equipo necesario.

Mellish se desinfló.

—Rey de los ladrones... Rey de los chupasangres o de los extorsionistas sería más adecuado. Está bien. Acepto sus términos.

—Hágame un cheque. Y también un contrato con los términos del acuerdo. No bien el cheque esté depositado y haya una entrada satisfactoria en mi cuenta le daré la información que necesita.

Mellish empezó a protestar por la inesperada dureza de Magnus pero, al mirar sus mansos ojos celestes, se interrumpió de inmediato. Miró por encima del hombro.

—¡Tomko! ¿Dónde estás, Tomko?

—Aquí, señor.

—Mi talonario.

Tomko vaciló.

—¿Qué ocurre?

—Lo han robado, señor.

Magnus alzó una mano.

—Calma, por favor, señor Mellish. No regañe a su subalterno. Si no me equivoco, ese talonario se encuentra entre mis efectos personales.

En Challa había caído la noche. El pueblo estaba tranquilo, y aún ardían unas pocas fogatas, lanzando destellos rojizos a la red de pilotes que sostenían las casas.

Un par de sombras se movían sobre el sendero alfombrado de hojas. La más corpulenta dio un paso hacia un lado y abrió silenciosamente una puerta.

Se oyó una crepitación.

—¡Aaaay! —bramó Mellish.

Con sus desordenados movimientos rompió el circuito. La corriente se extinguió y Mellish se detuvo, quejándose.

—¿Sí? —dijo una suave voz—. ¿Qué ocurre?

Mellish avanzó y enfocó al parpadeante Magnus Ridolph con su linterna.

—Por favor, dirija esa luz a otra parte —protestó éste—. Después de todo, soy el rey de los ladrones y merezco alguna cortesía.

—Por supuesto —respondió Mellish, con sardónico énfasis—. Por supuesto, majestad. Tomko, arregla la luz.

Tomko depositó la linterna en la mesa y modificó el foco para que la luz inundara la habitación.

—Es tarde para visitas —observó Ridolph, buscando algo debajo de la almohada.

—¡No se mueva! —gritó Mellish, con una pistola nuclear en la mano—. Si lo hace lo mato.

Ridolph se encogió de hombros.

—¿Qué desea?

Mellish se instaló cómodamente en un sillón.

—Primero, el cheque y el contrato. Segundo, quiero saber la situación de la mina. Tercero, esa corona. Parece que aquí la única forma de obtener lo que uno quiere es ser rey, así que seré el rey.

—Movié la cabeza—. ¡Tomko!

—Sí, señor.

—Toma el arma. Dispara si se mueve.

Tomko se apresuró a obedecer.

Mellish se echó atrás y encendió un cigarro.

—¿Cómo se las arregló para ser rey, Ridolph? ¿Qué es esa historia de fantasmas?

—Preferiría reservarme esa información.

—¡Hable! —dijo Mellish, amenazador—. Me da igual matarlo que no matarlo.

Ridolph miró a Tomko, que sostenía la pistola con ambas manos.

—Como quiera. ¿Ha oído hablar del planeta Archaemandrix?

—Alguna vez. Está en la región de Argo.

—Yo no he estado allí personalmente. Pero dice un amigo mío que es peculiar por muchas razones. Es un mundo de metales, con cordilleras de silicio metálico...

—Basta de rodeos —interrumpió Mellish—. Al grano.

Ridolph suspiró en señal de reproche.

—Entre las formas de vida nativa se encuentran las criaturas gaseosas que reciben el nombre de fantasmas. Viven en colonias, cada una centrada en torno a un núcleo, que sirve como fuente de energía para la colonia. Los fantasmas lo alimentan con combustible, y el núcleo transmite energía en una longitud de onda determinada. El combustible es uranio; y cualquier compuesto de uranio es rápidamente atraído por el núcleo.

»Mi amigo creyó encontrar posibilidades comerciales en esas criaturas. Por ejemplo, las utilizó para robar el Banco de Astropuerto. Para ello llevó una colonia a Nueva Aquitania, donde

humedeció con un compuesto aromático de uranio unos pocos billetes de cien munits y los depositó en el banco. Luego dejó a los fantasmas en libertad y se limitó a esperar, hasta que regresaron con millones en billetes perfumados con ese compuesto de uranio.

»Yo me encontraba allí por casualidad cuando fue arrestado. —Ridolph alisó la parte delantera de su camisa de dormir azul y blanca—. En realidad, tuve incluso una pequeña participación en el asunto. Sin embargo, cuando las autoridades empezaron a investigar la forma en que se había cometido el robo, la colonia había desaparecido.

Mellish movió la cabeza apreciativamente.

—Ya comprendo. Hizo usted que el rey untara todo lo que tenía con uranio y luego dejó sueltas a esas cosas.

—Correcto.

Mellish dejó escapar una larga nubecilla de humo.

—Ahora quiero las instrucciones para encontrar la mina.

—Recibirá esa información sólo cuando haya depositado su cheque —respondió Ridolph, moviendo la cabeza.

Mellish sonrió como un lobo.

—Me lo dirá vivo ahora, o lo sabré mañana por Kanditter cuando haya muerto. Tiene diez segundos para decidirse.

Ridolph alzó las cejas.

—¿Un asesinato?

Miró a Tomko, que sostenía la pistola nuclear y tenía la frente perlada de sudor.

—Llámelo como prefiera —respondió Mellish—. Ocho, nueve..., ¡y diez! ¿Va a hablar?

—No comprendo cómo...

—Dispara —le dijo Mellish a Tomko.

A Tomko le castañeteaban los dientes y le temblaban las manos como ramitas al viento.

—¡Dispara de una vez! —gritó Mellish.

Tomko cerró los ojos y apretó el disparador.

Clic.

—Quizá debía haberle dicho antes —dijo Ridolph— que entre los primeros objetos que me trajeron mis fantasmas estaba la carga de su pistola. Es uranio, como usted sabe. —Extrajo su propia pistola de calor—. Y ahora, buenas noches, señores. Es tarde, y será mejor aguardar hasta mañana para cobrar la multa de cincuenta mil munits que corresponde por este delito.

—¿Qué delito? —exclamó Mellish—. No puede probar nada.

—Turbar el descanso del rey de los ladrones es un grave delito —le aseguró Ridolph—. Pero si desean escapar, pueden hacerlo por el camino a Gollabolla, que se inicia donde termina la calle. No habrá persecución.

—Está loco. Moriríamos en la jungla...

—Como prefieran —fue la ecuánime respuesta de Magnus Ridolph—. De cualquier modo, buenas noches.

FIN

Título Original: The King of Thieves. © 1949.

Traducción de Carlos Peralta.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.